



Tomás Carrasquilla en la época de publicación de Frutos de mi tierra (Tomado de Levy, Kurt. Vida y Obras de Tomás Carrasquilla, Medellín Bedout, 1958,p.351)

Venenete

Tomás Carrasquilla

El verbo es el alma, y en el léxico, más que en el giro, está su manifestación genuina y precisa, por ser cada palabra un signo ideológico, un brote psíquico. Sacar una voz de su acepción natural para darle otra distinta y hasta opuesta, es gentileza que

revela ingenio, recursos de expresión y mecanismo de ideas.

Probará ello que la evolución de las lenguas, como cualquiera otra, tiende siempre a la amplitud, sea por avance, sea por retroceso.

Probará que esto del tropo no es tan artificial como algunos se figuran. Y en verdad que no lo es: la gente, lo mismo de escalera abajo que de alto coturno, se inventa, al par que sus voces, cuanta figura retórica registran los tratadistas. Campesinos conocemos que las cometen a su modo tanto como Nicasio Gallego, si no más que el padre ilustre.

Actualmente tenemos en esta capital, no propiamente una derivación, sino un caso de tropo, de lo más gracioso y expresivo. Queremos referirnos a la palabra “venenete”, tan en boga en estos momentos léxicos. Su desinencia en “ete”, tan extraña a la formación de los diminutivos en Colombia, la hace más original y pintoresca. Ojalá perdure y la reciban en el acervo los árbitros de nuestra lengua. Si no... ¡peor para ella!

“Tener o poner venenete”, se dice ahora para significar infinidad de cosas, casi todas gratas y plausibles. ¿Qué puede tener “venenete”? ¡Vaya usted a enumerar!

Tiene “venenete” la mujer que, sin ser una beldad precisamente, sugiere algo agradable o poderoso con su garabato, su salero o su picante. Lo propio puede acontecerle a cualquier feo que tenga alguna gracia.

¿Pues el “venenete” en las acciones? Es de cajón en un gesto decidor, en un ademán de desenfado, en la caída de unos ojos, en el plegarse o desplegarse de unos labios. Lo es

en el ritmo de un andar, en la manera de sacar los pies, en las inflexiones o en el timbre de una voz, en el terciarse una capa, en la postura de un sombrero, en el revolver de un abanico, hasta en el modo de partir el queso.

Pero no es esto sólo: hay otros “venenetes” que, sin ser de cajón, ni de hermosuras, ni mucho menos de perfecciones, son, sin embargo, los más letales: unas cuantas pecas saltonas en una carita de pizpireta, cierta bizquera atenuada, unos colmillos medio encaramados, una boca bien grande; en fin, ¡tantos desperfectos mortales! El veneno en el defecto hace más estragos que en la armonía de todas las partes. Díganlo, si no, Byron y la duquesa de Éboli.

A todo se le pone el “venenete”. ¡A todo! Al baile, cuando se subraya el aire con algún efecto floreado; al traje, cuando se acierta con el detalle que lo caracteriza o lo hace resaltar; a la mesa, cuando, con el tono general, se da el peculiarísimo de cierto plato; a la casa, cuando se siente en ella, no la novedad ni el lujo, sino el reflejo de su habitadora; en el trato social, cuando, con la nobleza y la distinción, salta la chispa personal y se adivina un alma levantada. Nadie ignora el “venenete” que cabe en las bellas artes, ni menos, todavía, el que inoculan actrices y cantantes en las entrañas propensas. ¡Pobres vísceras!

De todo esto habrá de desprenderse que el tal “venenete” es cosa de altísima importancia, no sólo en esas estéticas del arte, sino también, y más que en todas ellas, en la belleza y filosofía de la realidad; en este arte supremo de agradar, de hacerse atmósfera, de ser querido, de robar corazones.

Este trisito de ponzoña, que produce delirios y no mata, ¿en qué diantres podrá cifrarse? ¿En lo físico o en lo psíquico? Ni las musas, que quiebran tanta teja con sus revuelos, lo saben a ciencia cierta; que a veces el tósigo horrible de unos ojos o el filtro tofánico de una boca nos postran y desmadejan con un suspiro de revelaciones.

¿Será ingénito o adquirido el “venenete”? Mucho pueden la educación y el artificio; pero ellos suponen materia modelable. Se nos figura que se nace venenoso, como el tabaco; que lo menos nocivo se puede quintaesenciar; pero que el extracto de la malva no puede emborrachar a un angelito del limbo. Quiere decir que a quienes nos cupo en suerte la bendita sosera, no nos metamos de malsanos: contentémonos con ser pobres anodinos. Pero... ¿qué sabemos? Todo puede ser veneno: depende de quien lo tome. Bien puede el ser más inofensivo tener sus miajas de arsénico. La ley de las compensaciones no marra, y sus fenómenos no siempre son visibles.

Y el “valle de lágrimas”, que llaman, ¿no tendrá también su veneno? Tal vez, puesto que no todos nos suicidamos. Acaso sea el vicio de vivir, conseguido desde antes de nacer.

Lo cierto es que los malos, por pura envidia, hacemos que nos reímos de los buenos; pero, allá en nuestro fuero interno o lo que sea, sentimos que ellos son los que arrastran, los que cautivan, los que triunfan; los que tienen el “venenete”; ¡los que se lo ponen a la vida! Y aquellos que juntan, según la fórmula divina, “la astucia de la serpiente a la candidez de la paloma”, serán los que nos lo propinen a todos con soberana eficacia.

Se dice esto con toda sinceridad, con entera convicción. Acaso sea por nostalgia. Y no se extrañe: el enfermo, mejor que el sano, puede hablar con unción y entusiasmo de la salud perdida; y si el diablo predicase sobre el cielo, hasta él mismo volviera a ser arcángel.

Notas

- 1 Juan Nicasio Gallego (1777-1853): sacerdote español, reconocido como poeta de la Ilustración.
- 2 Byron: Poeta inglés, una de las figuras más representativas del movimiento romántico. La referencia de Carrasquilla probablemente se deba a la deformidad del pie derecho que tuvo que padecer Lord Byron.

3 La princesa de Éboli: Carrasquilla se refiere a Ana de Mendoza y de la Cerda (1540-1592), aristócrata española ampliamente reconocida por su belleza, pese a la ausencia de su ojo derecho, perdido, presumiblemente, en un accidente con un florete.

Tomás Carrasquilla (Santodomingo-Antioquia, 1858 – Medellín-Antioquia, 1940). Esta breve crónica, según señala Kurt Lévy, fue publicada por primera vez en El Espectador en 1915 (Obras completas. Medellín, Editorial Bedout, 1958, pp. 711-712).